
LA IV ASAMBLEA

DE LA

FEDERACIÓN VASCA DE ALPINISMO.

Fiesta magna, fiesta cumbre para el alpinismo vasco, la celebrada, el día 2 de Noviembre de 1930 en Arrate y Eibar. Fiesta esplendorosa por varios conceptos, la tenida por nuestros mendigoitzales en dicho día de grata recordación a los pies de la Andra-Mari eibartarra.

Nuestra cuarta Asamblea anual, celebrada con insuperable éxito, sirvió como antes sirvieron las otras precedentes, para que las representaciones más destacadas de cuantos deportistas se funden en la bella y sana ilusión alpinista, ratificaran sus moralizadoras convicciones, trazándose nuevas normas, para el desinteresado apostolado a practicar en lo sucesivo entre las masas, para hacerlas comprender los grandes beneficios de todo orden que el amor a la montaña lleva en sí.

Y no sólo sirvió para eso, que ya es mucho, que ya es sublime ideal, sino que tuvo también por objeto cuasi principal el de testimoniar toda la estimación, todo el cariño, afectuoso y sincero, que los mendigoitzales euskotarras guardan al simpar, al heroico alpinista de Zor-noza Andrés de Espinosa y Echebarría, que con sus arriesgadas ascensiones culminadas con estas últimas Sinaí y Kilimandjaro, han puesto no ya sólo su nombre, sino también el de nuestro alpinismo, el de nuestra Federación, en los lugares más prestigiosos del montañismo europeo y mundial.

Por eso hemos calificado al principio de fiesta magna y cumbre la de ese día. Lo primero, por el hecho en sí de la asamblea, que siempre, es un acontecimiento en los anales del alpinismo vasco, como que cada nueva reunión representa un importante paso adelante en la conversión en realidad de las ilusiones sustentadas por los apóstoles, hoy en gran

número del montañismo. Lo segundo, porque pocas veces podrá darse un aditamento tan hermoso como ese homenaje a Espinosa, homenaje ganado por él a pulso, con su indómita voluntad y tributado con sin igual complacencia y cariño por nuestros mendigoitzales.

Cada año que pasa—bien lo hemos comprobado en su proceso—el alpinismo gana una nueva trinchera en el duro combate que es llevar al ánimo de las gentes los beneficios morales y materiales que reporta la montaña. Cada año son menos «locos» menos «soroas» en la apreciación de las masas, aquellos entes raros y un tanto «guillaos» que desde la mañana se echaban a trotar monte arriba ante la compasiva sonrisa de los no iniciados. Hoy ya se comprende el alpinismo y, cuando menos, se respeta y hasta se admira,—cuando no hay voluntad para otra cosa,—a los que lo practican. Hoy el alpinismo ya no es un clan, una secta, sino un deporte de muchedumbres, porque sus beneficios han llegado a ellas, palpándolos sus antes irónicos detractores. Hoy finalmente, Antxón Bandrés y otros destacados apóstoles de nuestro montañismo, sonríen complacidos ante la nueva aurora que ha de traer la consolidación de la ya bella realidad del momento, en que los altos y bajos, autoridades y súbditos, hombres, mujeres y niños rinden pleiteía al deporte más hermoso por bello, sano y democrático.

¡Plaza, pues, al alpinismo, deportistas!

Acierto y grande fué, el elegir la industriosa villa de Eibar, y su alto de Arrate, para la celebración de nuestra ¿cuarta? asamblea bienal y el merecido homenaje al incomparable mendigoitzale vasco.

Ni más simpatía ni más hospitalidad pueden darse que las puestas al servicio de los alpinistas vascos por el pueblo eibarrés con sus autoridades al frente.

Las calles de la simpática villa armera ofrecieron desde primera hora un aspecto animadísimo. En varias de ellas pudimos ver colgaduras con cordiales saludos para los expedicionarios y para Andrés de Espinosa en particular. Los txistularis despertaron al vecindario con una bonita alborada, anunciándole la próxima llegada de las expediciones de Bilbao y Donostía.

Minutos después de las ocho y media llegó el tren especial de Bilbao con todas sus plazas ocupadas. En la estación de Eibar esperaban a los bilbainos los mendigoitzales eibarreses, donostiarras y las autoridades locales con su alcalde, don Timoteo de Zubiate, los Sres. Larrañaga y Bergareche, Presidente y Secretario, respectivamente de la Sección gui-

puzcoána de nuestra Federación y la brillante Banda de música de Eibar.

A la salida de la estación se formó la comitiva, que iba presidida por la citada Banda tocando alegres biribilketas y los grupos de espatadantzaris de Euzko-Etxea de Donostía; Euzko Gastedija de Bilbao; Juventud Vasca de Berriz y Batzoki de Eibar. Iban luego las autoridades eibartarras con los miembros directivos de nuestra Federación y tras ellos todos los mendigoitzales llegados, más los de las entidades de la Villa, en gran manifestación dirigiéndose al Ayuntamiento en cuya sala de juntas penetraron bajo el arco de espatadantzaris guipuzcoanos y vizcaínos.

Una vez en el Ayuntamiento, se celebró una pequeña recepción en lo cual, el alcalde dió la bienvenida del pueblo de Eibar a los alpinistas vascos y les anunció el propósito que en la Corporación preside de hacer una postulación en favor de la terminación de la carretera que conducirá al santuario de Arrate, en cuya carretera habrá de ir una plaza a la que se dará el nombre de Glorieta del Alpinismo y se colocará una artística placa de bronce con la figura de un alpinista en conmemoración del acontecimiento que se celebraba.

Mientras se verificaba la recepción en los salones del Concejo eibartarra, en la amplia plaza en que está instalado éste, los espatadantzaris tejieron entre el aplauso unánime de los espectadores varias de sus inimitables danzas, y por las calles bellas y virtuosas señoritas colocaban en las solapas de los transeuntes, insignias de nuestra Federación y de la Andra Mari de Arrate con el fin de recaudar fondos para tal objeto.

Poco después, a las nueve aproximadamente, se emprendió la ascensión al alto de Arrate que resultó muy animada, pues aparte del envidiable humor que para su uso particular llevan de ordinario los alpinistas en la mochila, formaban también parte de la expedición no pocas agraciadas y gentiles señoritas que con los chillones colores de sus indumentos y con la argentinidad de sus risas, ponían en el ambiente una encantadora nota policrómica y alegre de lo más sugestivo.

A las diez y media se dijo en el santuario dedicado a Andra Mari en Arrate una misa rezada, a la que asistió gran concurrencia.

Terminado el acto religioso sencillo y quizá por ello más edificante, se reunieron en *batzar*, los delegados de los diversos pueblos asistentes.

Hemos dicho *batzar*, y lo hemos dicho con gran propiedad. El ambiente, el lugar de la reunión, la desenvoltura y democracia, respetuosas ambas de los asistentes, todo, todo, diónos la impresión de lo que,

según cuentan las crónicas, eran las reuniones deliberantes de nuestros lejanísimos ascendientes.

Allí en el pórtico del santuario, tan propiamente vasco, sobre un escenario con tanto sabor montañero, y además con el encantador paisaje que desde él se divisa, más la actitud sencilla, exenta de toda afectación de los asistentes en un ambiente completamente democrático, sin puertas ni paredes que impidieran la asistencia de público, sin preocupaciones reglamentarias y concediendo la voz a todos cuantos quisieron intervenir en los debates, se celebró la IV Asamblea General y a continuación el homenaje a Andrés Espinosa.

Contra los muros del «Abadetxe» se instaló la presidencia de modo simplicísimo. Los regidos se acomodaban en rústicas bancas y muchos en el suelo. La llaneza y la democracia saturaban el ambiente. Un verdadero espíritu de fraternidad unía a todos.

Los primeros acuerdos adoptados fueron el de aprobar el acta de la anterior reunión y el balance de cuentas.

Luego se leyó un escrito firmado por un numeroso grupo de federados en el que se proponía que, como a los firmantes les constaba, que con el título de Federación Vasco Navarra de Alpinismo se infiere una ofensa de lesa vasquismo a los afiliados napartarras, para lo sucesivo el nombre del organismo que cobija a todos los alpinistas de nuestra tierra debe ser el de Federación Vasca, suprimiendo ese aditamento de «navarra» por considerarlo impropio a todas luces.

La proposición fué tomada en consideración por unanimidad pero para quitar recelos de todas clases, no entre los federados, que desde un principio convinieron en que en la designación de Vasca, estan incluídas las cuatro hermanas, Alava, Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya, sino entre los de fuera, a propuesta de D. Antonio Bandrés se acordó por unanimidad, que sobre este particular informase la Sociedad de Estudios Vascos, entidad vasquista si las hay, pero apolítica en todo; y someterse a lo que ella disponga en extremo.

Carlos de Linazasoro planteó a los reunidos un caso. A ver por qué en la hermosa ermita de la campa de Urbia, en el «Aitzgorri», no se decían misas, cuando el único objeto que guió su construcción fué el de dar facilidades para cumplir con la Iglesia a los pastores y a los alpinistas que ascienden hasta aquellas alturas. Y rogó a la asamblea, a cuyo ruego se sumó el Sr. Bandrés, se acordara dirigirse al señor obispo de

la diócesis recabando su concurso para que vuelvan a decirse misas, como antes, en la citada capilla.

Por unanimidad hizo suyos la Asamblea, los ruegos de dichos señores; acordando dirigirse al Sr. Obispo en este sentido.

Luego se acordó cursar salutations a las cuatro Diputaciones vascas peninsulares, al alcalde de Eibar, a la Real Sdad. Peñalara de Madrid, y a las señoras madres del homenajeado Andrés Espinosa Echebarría y a la de su querido maestro D. Antonio Bandrés y Azcue, y mostrar profundo agradecimiento a la Prensa regional y a cuantas entidades y personas han ayudado en una u otra forma, a nuestra Federación.

Y se pasó seguidamente a elegir nueva Directiva. Por aclamación fué designado Presidente de la Federación Andrés de Espinosa al cual acompañarán en su misión D. Nestor de Goikoechea; D. Jesús de Garagorri; D. José Luis Herrero y D. Juan José de Bardesi, en el desempeño de la Sección de Vizcaya.

Los guipuzcoanos, nombraron sus representantes a D. Agustín Lacort; *Presidente*, D. Carlos Linazasoro; *Vicepresidente*, D. Tomás Bicandi; D. Restituto T. Mendía; y D. Jesús Elósegui; y los alaveses y navarros, reeligieron a sus antiguos cargos directivos.

Ahora bien, como entre los directivos salientes hay algunos elementos inapreciables para la confección de «Pyrenáica», don Manuel de la Sota entre otros, D. Antonio Bandrés rogó a éstos que si bien por norma reglamentaria habían de dejar los cargos, no abandonasen por ello su estimadísimo concurso en el órgano periodístico de la Federación, ruego que, al ser atendido por aquellos a quienes iba dirigido, se agradeció por los presentes en cuanto valía. Y por último, el Sr. Bandrés pidió a la asamblea un voto de gracias que fué concedido por unanimidad para todos los directivos de las cuatro Secciones, pero especialmente para los vizcaínos por haber tenido el indiscutible mérito de mantener siempre erguida la bandera federativa y encauzar la Federación por vías de eficaz progreso.

A continuación D. Manuel de la Sota dijo que resulta un poco paradójico que se homenajee al discípulo Andrés de Espinosa y no se homenajee, en cambio, al maestro, a D. Antonio Bandrés, factotum el más principal de la realidad alpina del momento por ser uno de sus más entusiastas iniciadores y de sus apóstoles más decididos.

Propone que el homenaje al maestro de los alpinistas vascos se concrete en qué ha de consistir, pareciéndole a él el más indicado el de

dar el nombre del señor Bandrés a algún pico de nuestras hermosas montañas. Concretando aún más, propone que como Antxon es tolosarra, se busque entre los montes de las inmediaciones de la exvilla foral, uno para bautizarlo, (1) en ocasión que se señalará, con el nombre del gran mendigoitzale vasco, y propone también que en esta misma Asamblea General que se celebra, se nombre a D. Antonio Bandrés y Azcue, Presidente de honor de nuestra Federación como parte del premio que por derecho propio y en justicia le corresponde por su impropia, desinteresada y apóstolica labor que por voluntad propia se impuso en lejanos y más ingratos tiempos que los actuales, en pró de nuestra causa alpina.

Por unanimidad y en medio del mayor entusiasmo son aprobadas ambas proposiciones del Presidente y al terminar de hablar una gran ovación acoge sus últimas palabras, dándose con ello por terminada la parte oficial de la Asamblea.

Procedióse seguidamente a imponer las medallas a los finalistas de varios concursos. Los primeros a quienes se galardonó, fueron la señorita Raimunda Royo, del Bilbao Alpino Club, única finalista femenina de los Cien Montes hasta la fecha, y a los *mutikos* José de Arana Colau y Angel María de Landaburu, «centenarios» también entre los infantiles.

Luego se impuso la medalla correspondiente a los «centenarios» atléticos Manuel Vallés, Ramiro Herrero, Félix Lauría, Inocencio de Anzola y Jesús de Garagorri. Y finalmente, a los mendigoitzales de la Unión Deportiva Eibarresa y grupo «Aupa» de Azkoitia, que terminaron los concursos de las citados Clubs.

El acto se desarrolló entre continuas ovaciones a los condecorados, especialmente a la señorita Royo y a los «umetxus» Arana y Landaburu.

A continuación D. Manuel de la Sota, expresidente saliente compuso una muy bella oración cantando el heroísmo de Andrés de Espinosa a quien con tanta justicia se homenajeaba en aquellos momentos.

«Hoy, mis queridos compañeros—dijo el señor Sota—, hemos venido

(1) Con respecto a esta proposición del Sr. Sota, D. Pedro Echeberría, administrador de la revista «Basconia» de Buenos Aires, nos escribe lo siguiente:

«No hay que quitar nombres a las cosas que ya lo tienen; desapareceremos nosotros y el monte recuperará su antiguo nombre.

Hay que crear:

Me parece que se llama Altzo-mendi un precioso montecito entre el puente de Amoroz, ikarama, Be-daio, Alegría, Alzo, Otzarain etc. En ese monte hubo una torre óptica. ¿Por qué no reedificarla con las mismas características externas que tuvo y en el interior hacer dependencias como casa social de los mendigoitzales tolosanos y llamarla Bandrés-Torrea?»

aquí a celebrar uno de los hechos más memorables de la historia de nuestra Federación. Creo que nunca como hoy puede alegrarse en lo más íntimo de su sér la gran familia de montañeros vascos y sentirse dignamente orgullosa de su existencia. Hoy celebramos el retorno con vida a nuestro seno de uno de nuestros más queridos compañeros, después de haber realizado la hazaña montañera más grande que jamás se ha llevado a cabo en el mundo del alpinismo. Andrés de Espinosa Echebarría, solo y con mezquinos recursos, ha colocado, con riesgo de su vida, el nombre de nuestra Federación a más de 6.000 metros de altura, en uno de los parajes más fantásticos del mundo. Es tan maravillosa la heroicidad perpetrada por este espléndido aventurero, que para comentarla no se me ocurre decir más que lo que ha hecho Andrés Espinosa es «milagroso».

Es milagroso, es incomprensible, que haya vuelto con vida, después de haberse enfrentado día tras día, con tenacidad y valentía sobrehumanas, cara a cara con la muerte. La hazaña de Espinosa nos hace creer en Dios y nos convence que la providencia cuida de los pasos de todo héroe.

Y quiero ponerlos de manifiesto la importancia espiritual de su obra. Porque Andrés nos quiere demostrar, con la ejemplaridad de su hazaña que esos años preciosos de la juventud no se han hecho para el placer y la diversión, sino para sacrificarlos en aras del heroísmo. Y en medio de nuestra nueva generación, se ha alzado como un caudillo, marcando a la juventud de la raza un rumbo glorioso que está hecho de valor y sacrificio.

No hay placer mayor que el del heroísmo--nos dice Andrés con su ejemplo--aunque es un placer muy lleno de dolores. Después de transcurridas ocho noches en el fantástico laberinto del Kilimanjaro, durmiendo en selvas tropicales cuajadas de bestias feroces, velando en las heladas soledades del volcán de Kibó a 6.000 metros de altura. Andrés no hace más que un seco comentario de sus penalidades: «He pasado de todo--nos dice--; hambre, frío, calor, enormes fatigas...; pero todo lo doy por bien pagado». Tienen tal acerba emoción estas palabras, que no encuentro mejor comentario que el silencio. Pero es indudable que nuestra tierra puede enorgullecerse de haber dado vida a una de esos ejemplares que tan raros son hoy en el mundo: «a todo un hombre» a todo un héroe.

Un día antes de marchar me decía Andrés en una carta de despe-

dida «Si vuelvo, bienvenido; pero si mi destino impide el regreso ¿qué importa por uno? Quedais muchos en nuestra patria». Muchos, sí, Andrés, pero muy pocos como tú. Por eso desde lo más hondo del alma hemos pedido al Cielo que cuidase de ti y que nos devolviese tu vida preciosa, porque eres el espléndido caudillo que encarna de nuevo las grandes virtudes de la raza: el heroísmo, la aventura, la resignación, el desinterés, el amor a nuestra tierra y a todos los hombres. Y ansiábamos que volvieses para que explicases tu lección gloriosa a tus hermanos en la juventud.

Ya está aquí Andrés de Espinosa Echebarría, honra y orgullo de nuestra patria y de nuestra Federación. Jóvenes vascos: alzad con entusiasmo vuestros brazos en honor del héroe de la raza que hoy entra triunfador.

¡Gora y mil veces gora el nombre glorioso de Andrés de Espinosa Echebarría!

Una ovación formidable, tan entusiasta como cerrada, apenas, si dejó oír las últimas palabras de D. Manuel de la Sota, que fué, añadamos, felicítadísimo por la bella oración que había improvisado.

El señor Díaz Duque, que había llegado momentos antes desde Madrid con la representación de los 2.500 afiliados de la veterana Sociedad «Peñalara,» después de saludar en nombre de la entidad que representaba a todos los allí presentes y a nuestra Federación suma de todos los valores alpinos de este país, hilvanó unos inspiradísimos párrafos a base de una no menos inspiradísima figura retórica en que representa a Espinosa convertido en flecha fuerte enérgicamente lanzada a su objetivo por el gran arqueo que es nuestra Federación.

«Peñalara»—vino a concluir—tenía fe ciega en la bondad de los materiales que constituían la flecha y en la seguridad, en la precisión del arquero que la lanzara. Sabía que por el camino por donde aquella discurriría no había baches ni obstáculos que se opusiesen a la formidable voluntad, al temple sin igual de Espinosa. Únicamente se temía en una nube, en una nada al parecer, que desviase la trayectoria pensada. Por eso, al saberse en «Peñalara» que Andrés había rasgado hasta el más mínimo celaje que oscureciera la meta triunfal, la alegría fué tan grande como antes fuera la confianza en la victoria definitiva del gran alpinista vasco».

El discurso del señor Díaz Duque fué aplaudidísimo, tanto por el en sí, como por la valiosa representación que ostentaba quien lo pronunció.

Andrés de Espinosa leyó, para final, unas cuartillas agradeciendo el homenaje, que consideraba inmerecido, y recomendando a las señoritas allí presentes que nunca se dejaran seducir por las galas artificiales con que hoy se adornan muchísimas mujeres, pues nada hay más contradictorio, no hay cosa que más se repela, que el choque de la artificial con lo natural, bien en el monte o en cualquier otro lugar.

«El carmín—el rojo chorizo, dijo Andrés—y el negro carbón es, en la montaña y fuera de ella, algo horriblemente antiestético».

Naturalidad, siempre naturalidad, terminó. Una estruendosa salva de aplausos fué el colofón de las palabras pronunciadas por Espinosa, palabras que, además, ponían fin al acto.

Seguidamente se emprendió el regreso a Eibar. Animadísimo.

Al banquete, celebrado una vez reunidos todos los alpinistas, en la fonda Elorza, asistieron alrededor de los 225 comensales, habiendo tenido necesidad de limitar el número de asistentes por insuficiencia del local, a pesar de celebrarlo en el frontón cubierto del mismo nombre.

Se sentaron a la mesa juntamente con el homenajeado representaciones de casi todas las entidades de nuestra Federación y muchísimos particulares. Ocupó la presidencia el nuevo presidente de la Federación y homenajeado, Andrés de Espinosa sentándose a su derecha Manuel de la Sota, Díaz Duque y el alcalde de Amorebieta, y a su izquierda D. Antonio Bandrés y D. Timoteo de Zubieta, alcalde de Eibar. También tomaron asiento en la presidencia Carlos de Linazasoro, Felix Larrañaga: José A. de Bergareche, y el señor Duñabeitia, (padre) entre otros.

El banquete transcurrió con el simpático ambiente que es de suponer tratándose de alpinistas.

Al final del ágape el Sr. de la Sota dió cuenta de las adhesiones recibidas que fueron las siguientes:

D. Alfredo López, de Pamplona; Athletic Club de Bilbao; D. Angel de Landaburu; Euskalduna de Rentería; D. Patricio Lasa, Alcalde de Bilbao que delega su representación en la presidencia; Alpin Club de Londres; Sociedad de Estudios Vascos que delegan D. Antonio Bandrés; D. A. Rodríguez, de Barcelona; D. Vicente Botella, de Bilbao; D. Paco Alonso, de Oviedo; D. Alvaro Menendez, de Madrid; el presidente de los Amigos de Aralar; D. Francisco de Labayen; D. José Gutiérrez, de Sopelana; D. Serafin Derteano, de la Sociedad de Cazadores y Pescadores de Amorebieta y Echano; Club Cocherito de Bilbao; D. Enrique Pineda e Iturbe; Deportivo Mondragón; D. Victor de Inchausti, de

Buenos Aires; D. Martín Alonso Ortega, de Madrid; Asociación de Periodistas Deportivos que delega su representación en D. Antonio Bandrés; Excm. Diputación de Alava; D. Antonio San Juan Cañote, de Pamplona; Mr. Le Boudidier; Conservador del Museo Pyrenáico de Lourdes; Club Alpino Español; «Arnaldo de España», de Madrid; don Luis de Arana y Goiri; Sir Ramón de la Sota y Llano; D. Carlos de Alzola; señora de Olábarri; Srtas. María Vallejo; Magdalena de Arteche, e Isabel de Solaún; D. Jacinto de Miquelarena; D. Justo Somonte; don Eduardo Somonte; D. Enrique de Arbaiza; D. Nilo Ortíz; D. Enrique de Lequerica; D. José Aranguren; D. José María Renovales; D. Enrique de Saracho; D. Estanislao de Seguroola; D. Rafael de Zubiria; D. Mario Losada; D. Cipriano de Pozueta; D. Ramiro Bilbao; D. Antonio de la Sierra; D. Luis Tutor; D. Ramón González Gorbeña; D. Luis María Calderón; D. Javier de Aznar; D. Luis de Ortuzar; D. Juan de Villabaso, D. José de Urresti, D. Domingo de Letamendi; D. Juan Manuel de Arellano; D. Carmelo de Olazazan; D. Fernando Bravo; D. Julián Delgado Ubeda, de Madrid; D. Eugenio Urroz; Cura Párroco de Eibar; D. Jesús Espel; señores del Pardo; Hernández, Pacheco y Bargueño, de la Real Sociedad Peñalara; de Madrid; Santi de Meabe; D. Enrique Bidarte, «Club Euzkotarra» de Iruña; el Comité de Navarra de la Federación; D. Luis de Ezcurra; Patronato Nacional de Turismo; «Centro Excursionista de Catalunya, «Club Alpi Catalá»; Agrupación del Abate Oliva, Barcelona; Mr. Henry Maussier Daudelot de Pau; Sr. Abreu, Presidente de la Diputación de Alava; Sr. Gastor, Vice-Presidente de la Diputación de Navarra; Sr. Martínez, de Avilés; D. Enrique de Rentería, de Amorebieta; Colegio de Ntra. Señora del Buen Consejo de Lecaroz; don Sebastián D. de Lezana y D. Florencio D. de Lezana, de Orduña; don Angel de Echaniz Irasizabal; D. Celestino Letona; D. Juan de Bengoechea, y D. Pedro Besga, residente en París.

Varios grupos de txistularis amenizaron con sin igual maestría la comida cantándose al final varios coros vascos.

«Txindurri», el sin par «Txindurri», que no podía faltar en acto como éste, entonó varios versos de saludo a Espinosa y de envidia vasquista que levantaron tempestades de aplausos.

Otro bersolari—¡qué pena ignorar su nombre!—levantó también el espíritu de los reunidos con varias preciosas coplas. Ovacionadísimo también.

Luego D. Manuel de la Sota hizo el ofrecimiento del Banquete al

homenajeado, calificando el heroísmo, la espiritualidad y la valentía de Espinosa, refiriendo muy de pasada el discurso de la excursión del gran mendigoitzale zornotzarra, deteniéndose principalmente en un incidente ocurrido al iniciar Espinosa la ascensión al Kilimandjaro, incidente que el orador llama providencial, pues que estuvo en grave peligro la vida de aquél. Andrés, orientándose por la brújula, equivocó el camino y en lugar de dirigirse por el que le había de llevar a la coronación de su formidable hazafia, tomó otro que le conducía rectamente a la selva virgen, donde sus fieras, muy numerosas en aquellos lugares, y otros indudables peligros habrían dado buena cuenta del audaz explorador, impidiendo de paso que éste culminara su arriesgadísimo y temerario propósito.

Pero como traído por la Divina Providencia, apareció un niño, un negrito, que en toda su salvaje inocencia condujo a Espinosa durante dos días armado aquél de afilado machete, apartándole de los lugares peligrosos y señalándole huellas de elefantes, hienas, leopardos y otras fieras, con las que el zornotzatarra habría tenido que enfrentarse de no llevar tan providencial guía.

Relata el orador cómo Espinosa y el negrito pasaron una de las dos noches que estuvieron juntos. Sin nada que comer, con dos ligerísimas mantas, que no llegaron a impedir que el rocío les hundiera por completo y oyendo sin cesar, entre la algarabía infernal que armaba la «monada», y los impresionantes aullidos de otras fieras.

Al despedirse en plena selva, Espinosa no tenía qué dar, con qué gratificar al negrito. Y le dió un beso en la frente, un beso que por el alma, por la voluntad con que lo dió el mendigoitzale vasco, valía por toda una fortuna.

Espinosa leyó unas cuartillas, contestando a las leídas por D. Manuel de la Sota, dedicadas todas ellas a rememorar al negrito salvador, por quien intimamente sentía no estuviese allí presente para recibir el homenaje que a él, tan inmerecidamente, se lo estaba tributando.

Para final, Carlos de Linazasoro, el formidable orador euskérico, hizo vibrar de entusiasmo a todos los reunidos, pero en especial a los euskeldunes presentes —la mayoría—, quienes ahogaban con sus gritos y con sus aplausos las últimas palabras de los diversos párrafos de que se compuso la oración.

Linazasoro es un caso extraordinario, sorprendente. Su dicción enérgica y su mímica violentamente expresiva, lleva al auditorio al frenesí

aclamatorio. El apostolado de Linazasoro por su milenarismo euzkera, tiene que producir óptimos frutos. No es el orador que convence por persuasión, no. Es el prototipo del tribuno que arrebató por su energía, por su dinamismo.

Su discurso fué el broche de purísimo oro que cerró la brillantísima jornada del día.

Sus palabras confeccionaron una magnífica catilinaria contra la pasividad del pueblo vasco, ante la portentosa hazaña de su héroe Andrés de Espinosa Echebarría.

Formidable, realmente formidable el discurso éste. Al señor Linazasoro se le aplaudió con locura, así como a los Sres. Sota y Espinosa.

Casi anochecido terminó el acto. Esto, mejor que otra cosa, dará idea de las delicias de la sobremesa.

Luego, mientras llegaba la hora del tren, los alpinistas se esparcieron por el pueblo, prestándole una animación extraordinaria.

Los ezpatadantzaris, siguieron cosechando aplausos en la plaza de Unzaga, entre la simpatía general, que no se rompió en ningún momento de la jornada, demostrándose así la gran hospitalidad del pueblo de Eibar y de sus autoridades, y la corrección extraordinaria de los alpinistas vascos, que supieron comportarse en toda ocasión admirablemente, con su alegría habitual; sí, pero sin que ello supusiera, antes al contrario la más mínima salida de tono.

¡Bien por los mendigoitzales vascos!
